

RESEÑA

La disputa por la Doves

THE ECONOMIST

El auge de la tipografía digital habría complacido a los utopistas del movimiento Arts and Crafts, de comienzos del siglo XX. Hace pocos meses entró en escena el revival de una célebre familia tipográfica, la que dio su sello distintivo a la londinense Doves Press y que fue motivo de una acre pelea entre quienes fundaron esa editorial. En estas páginas evocamos las pasiones y los intrínquilis que produjo esa letra



A B C D E F G H I J K L M N
 O P Q Q_u R S T U V W X Y Z
 a b c d e f g h i j k l m n o
 p q r s t u v w x y z
 [- & () [] 0 1 2 3 4 5 6 7 8 9 . , : ; ' ! ? *

En las oscuras noches de finales de 1916 podía verse a un frágil hombre de 76 años que arrastraba los pies furtivamente en el tramo entre The Dove —un *pub* al oeste de Londres— y las auriverdes torres del puente de Hammersmith. Quienes paseaban por ahí prestaban poca atención, pues nada en las caminatas nocturnas de Thomas Cobden-Sanderson daba algún indicio del peculiar y destructivo crimen que estaba cometiendo.

Entre agosto de 1916 y enero de 1917, el impresor y encuadernador Cobden-Sanderson lanzó más de una tonelada de tipos móviles metálicos desde el lado oeste del puente. Recorriendo una distancia de unos 800 metros, siempre después del anochecer, hizo en total alrededor de 170 viajes desde su taller de encuadernación, a un costado del *pub*. En un principio arrojaba al río galeradas enteras de tipos; más tarde los lanzaba de sus bolsillos cual semillas para las palomas. Luego encontró una cajita de madera con tapa deslizable y le construyó una manija con cinta adhesiva; era perfecta para esparcir las piezas en el agua sin despertar demasiadas sospechas entre los transeúntes.

Aquellas pequeñas piezas de metal pertenecían a una fuente tipográfica de uso exclusivo de Doves Press, una imprenta de libros finos fundada por Cobden-Sanderson 16 años atrás. Al no ser la fuente de su propiedad, no tenía derecho a destruirla, por lo que mantuvo en secreto sus recorridos, escondiéndose de sus amigos y familiares, y lanzaba sus paquetes solamente cuando el rumor del tráfico ahogaba el sonido de su impacto con el agua. Aun así cometió algunas imprecisiones: una noche estuvo a punto de herir a un barquero que se asomó sobre las aguas por debajo del puente de forma inesperada; en otra ocasión, lanzó dos maletines con tipos que se quedaron a corta distancia del agua; fueron a dar al muelle debajo de él, inaccesibles pero a plena vista. Tras repetidas noches en vela se resolvió a ir por los tipos en un bote, pero con el tiempo el agua los arrastró. Después de eso fue más cuidadoso.

Fue en parte un ímpetu personal lo que inspiró a Cobden-Sanderson a cometer este inusual crimen. Su interés era mantener los tipos lejos de Emery Walker, otrora su socio y amigo pero con quien ahora sostenía una declarada enemistad. Fue también la pasión por su oficio: le resultaba doloroso imagi-

nar que esa fuente, la misma que él había empleado en libros impresos con tanto esmero y a la que había conferido un significado casi religioso, algún día sería usada en otras publicaciones. Pero también fue debido al repudio hacia el cambio tecnológico que había atestiguado en el transcurso de su propia vida, y que había transformado al mundo: aborrecía la mecanización industrial, y sólo confiando al Támesis el resguardo de la fuente —confesó en su diario— podía garantizar que nunca se utilizara “en una prensa que no fuera accionada por las manos y los brazos de un hombre”.

CHIFLANDO EN LA LOMA

Cien años después, a unos cuantos kilómetros del otro lado de la ciudad, resplandecen en la pantalla táctil de un iPhone un puñado de líneas en la fuente Doves. Con el dedo, Robert Green desliza el texto sobre la pantalla. “Es excéntrica —señala—: entre más la miras más te das cuenta de lo rara que es.” Green la ha observado más que la mayoría de la gente. Durante tres años estuvo trabajando en una reproducción digital de la aclamada fuente: la primera Doves en uso desde que las piezas metálicas originales fueron engullidas por el Támesis. En la búsqueda de curvas perfectas y remates precisos, reconoce haberla dibujado al menos 120 veces. “No sé bien qué me llevó a hacer esto. Al final se apropió de mi vida.”

Ocasionalmente algunos admiradores intrépidos han tratado de rescatar del río los caracteres, pero nadie ha encontrado ninguno, así que Green tuvo que rogar y pedir prestados libros de la Doves Press como referencia. Esto suena fácil, pero la irregular impresión tipográfica —atesorada por los amantes de la tipografía— hace de la reproducción de los trazos una labor casi imposible. Una vez que la tinta toca el papel, ni una sola letra es similar a otra. Deducir la forma del metal que hizo las marcas toma su tiempo y requiere de paciencia. Una mala deducción y, aunque en un principio el error sea imperceptible, las letras tendrán un aspecto extraño al formar renglones y el diseño mismo de la fuente será un distractor.

El arduo proceso es similar a la técnica que utilizaron Cobden-Sanderson y Walker para crear la familia Doves, en sí misma una reelaboración de dos diseños anteriores. La Doves proviene principalmente de la fuente creada por Nicolas Jenson, un impresor francés del siglo xv, asentado en Venecia, cuyos claros y elegantes textos rehuían la fuente gótica favorecida por los pioneros de la im-

prenta. Se agregaron algunas letras y otras más fueron rediseñadas. La aguda descendente de su y minúscula provoca polémica entre los críticos; los puristas lamentan la burda barra transversal de la H mayúscula. La mayoría de la gente ni siquiera lo nota y tampoco le importa. “Un carácter romano más agraciado no se ha moldeado y fundido jamás”, opinó en el *Times* el crítico contemporáneo A. W. Pollard. Simon Garfield, autor de *Es mi tipo*, celebra su endeble forma, que da la impresión “de que alguien hubiera irrumpido en la imprenta a deshoras y hubiera golpeado las placas del cajista”.

Green ha mejorado la fuente original. Ésta tenía solamente unos 100 caracteres, pero su *revival* digital presume de 350, incluidas rarezas extranjeras como el *thorn* islándico y la *Eszett* alemana, así como signos esenciales modernos como el del euro y la arroba. Si bien la Doves existía en un solo tamaño, cercano a lo que ahora se denominaría de 16 puntos, su descendente digital se ajusta a cualquier escala. ¿Acaso se retorcerá ahora en la tumba el dueño anterior de la fuente? “Yo creo que admiraría mi tenacidad —sugiere Green, esperanzado—. Con tal de que no me persiga...”

Cobden-Sanderson tenía 59 años de edad y Walker 48 cuando en 1900 decidieron asociarse. El libro de Marianne Tidcombe *The Doves Press* es un vivo retrato de su historia. Entrado en su cuarta década, Cobden-Sanderson había abandonado el derecho para abrir su taller de encuadernación. Walker tenía un negocio de fotograbado justamente en el lado opuesto de un estrecho callejón. El negocio de Walker iba bien y prosperaba; el de Cobden-Sanderson era financiado parcialmente por su esposa Anne. La pareja tenía buenos contactos. Ella era una sufragista declarada, hija de Richard Cobden, un reformista liberal que había contribuido al lanzamiento de *The Economist*. En 1908 Cobden-Sanderson asistió a la boda de Winston Churchill como invitado de la novia.

Tanto Cobden-Sanderson como Walker eran miembros de un grupo de artistas y artesanos que se reunía en torno a William Morris, un diseñador que residía cerca de sus talleres en Londres. En 1887 fue Cobden-Sanderson quien sugirió que se creara un nuevo comité bajo el título de Arts and Crafts Exhibition Society, y con esa denominación bautizó al movimiento. Al año siguiente, una conferencia sobre impresión fina impartida por Walker —a la cual asistió Oscar Wilde— fue motivo de inspiración para que Morris fundara Kelmscott Press,

una imprenta que pretendía producir libros ilustrados tan adornados como los que vendían los primeros impresores y comenzó una moda de imprentas privadas que se prolongó a lo largo del siglo XX.

Los contactos personales y el conocimiento del proceso de impresión fueron fundamentales para el éxito de Kelmscott Press. Cuando falleció Morris, en 1896, Cobden-Sanderson le propuso a Walker que fundaran una imprenta propia. Walker accedió. Anne Cobden-Sanderson proporcionaría el capital (1,600 libras esterlinas) y cubriría cualquier pérdida. Cobden-Sanderson tendría un modesto sueldo, pero los dos hombres compartirían las ganancias por igual. Si se disolvía la sociedad, Walker podría llevarse para uso propio una fundición de los tipos cuyo diseño tuvieran en proceso.

Hacia el final de 1902 la Doves Press tenía siete empleados. Los socios vivían en la misma casa sobre la ribera —a unos pasos de su lugar de trabajo— y vacacionaban en cabañas de campo aledañas. “Había un ambiente de verdadera exaltación —recuerda el tipógrafo John Mason—, como si estuviéramos consagrados a un servicio elevado por una causa más allá de nosotros, y en verdad trabajábamos por amor al oficio.”

Los libros de la Kelmscott Press de Morris eran publicaciones con numerosas ilustraciones y una impresión densa; eran orgullosamente medievales. Los de la Doves Press eran sobrios, sencillos, modernos, decorados sólo con capitulares a color dibujadas por Edward Johnston (quien, nacido en Uruguay, diseñó una fuente para el metro de Londres que aún está en uso). *El paraíso perdido*, publicado en 1902, le dio una sólida reputación a la empresa. No obstante, la Biblia en inglés, en cinco volúmenes —que mantuvo ocupada a la imprenta de 1902 a 1905—, es su obra maestra. Las primeras líneas del Génesis hoy en día constituyen una de las páginas impresas de mayor renombre. Los 500 ejemplares impresos se vendieron a los suscriptores mucho antes de estar terminados, y significaron una ganancia de 500 libras. Hoy en día el costo de una Biblia de la Doves Press puede llegar a los 30 mil dólares.

A pesar del éxito, la sociedad se quebró. La imprenta era tan sólo un interés más entre las muchas inquietudes de Walker. Ocupado en sus propios asuntos y jornadas completas haciendo labor de comité, iba a la imprenta en pocas ocasiones a ver cómo iban las cosas. A Cobden-Sanderson lo enfurecía tener que supervisar todo el trabajo por sí solo, aunque no está del todo claro si su obsesivo temperamento de encuadernador perfeccionista hubiera tolerado que Walker se involucrara más activamente. Cuando Walker en efecto daba alguna opinión, Cobden-Sanderson protestaba contra su mal gusto. Tras su muerte, uno de sus aprendices escribió que su egoísmo era “casi patológico” y que “él era prácticamente incapaz de colaborar con los demás”.

En 1906, Cobden-Sanderson solicitó la disolución de su acuerdo. Dado que tenía intenciones de continuar con la imprenta por su cuenta, le ofreció a Walker un pago en efectivo a cambio de la fuente. Walker se negó, lo que dio lugar a una larga disputa que culminó en que Cobden-Sanderson le prohibiera entrar a la imprenta. “Nada en el mundo me hará alejarme de la fuente —le escribió a una de sus amistades—. Soy algo que él no parece comprender: un Visionario y un Fanático, y en contra de un Visionario y un Fanático combatirá en vano.” Sydney Cockerell, amigo suyo y curador del Fitzwilliam Museum de Cambridge, le sugirió que llegara a un arreglo: Cobden-Sanderson podría continuar con la imprenta, conservando el uso exclusivo de la fuente hasta su muerte, tras la cual la fuente sería de Walker. Ambos aceptaron la propuesta como solución, y en julio de 1909 dieron por terminada la sociedad.

Sin embargo, Cobden-Sanderson se las ingenió para romper el acuerdo. A espaldas de Walker y en el punto más amargo de la discusión, le pidió a la fundidora escocesa que resguardaba la fuente que le enviara todos los tipos restantes de la Doves, así como punzones y matrices necesarios para fundir más. Por varios años, al tiempo que él meditaba si seguir o no con su plan, la fuente estuvo almacenada en su taller de encuadernación. Al verse forzado a limitar sus gastos para poder mantener viva la Doves Press, Cobden-Sanderson se mudó ahí e instaló una solitaria habitación en el ático del taller (su esposa se fue a vivir con su hermana). Algunas erráticas notas de su diario indican el regreso de la

depresión que lo había acechado en su juventud. En 1913 arrojó las matrices desde el puente de Hammersmith, con lo que volvió imposible la recreación de la fuente. Cuando finalmente se retiró tres años después, lo que quedaba de ella se fue con él.

ARTESANOS DIGITALES

Cobden-Sanderson se habría molestado muchísimo de saber que el progreso tecnológico que él tanto aborrecía ha enmendado su criminal acto de destrucción. Sin embargo, algunos aspectos de la industria tipográfica actual serían del agrado del viejo encuadernador. Los líderes del Arts and Crafts soñaban con una revolución social que renovara la producción casera; gracias a la tecnología digital esto es ahora una realidad. El negocio de la tipografía se ha fragmentado en miles de pequeños estudios. El software de bajo costo ha alentado a todo tipo de diseñadores a experimentar con la tipografía. Los expertos de los años setenta creían que había unas 7 mil familias tipográficas en uso; hoy en día algunos pondrían la cota cerca de las 200 mil. John Collins, de la tienda en línea MyFonts, considera que las más vendidas en su página web representan un ingreso de unos 20 mil dólares al mes, suficiente para tentar a los novatos más talentosos a renunciar a sus empleos convencionales.

Quizá también a Cobden-Sanderson le agradaría que haya una creciente conciencia entre el público respecto del diseño tipográfico. Los procesadores de texto le han dado a algunas fuentes famosas una reputación de villanas o de heroínas, y han animado a la gente a buscar diseños originales para hacer posters e invitaciones de bodas con más personalidad (las cuales, si bien muy lejos de las grandes obras para las que fue diseñada, son el mercado más usual de la fuente Doves, que está a la venta por 40 libras). Es cada vez más común que las empresas con una fuerte conciencia de marca encarguen la elaboración de sus propias fuentes. Los artículos de *The Economist* usan Ecotype, una fuente exclusiva; los gobiernos de Holanda, Alemania y el Reino Unido mandaron diseñar las suyas recientemente.

Por miedo a que se arruinaran sus planes, Cobden-Sanderson no le había confesado a nadie su intención de deshacerse de la fuente, pero una vez que había cometido los hechos se lo hizo saber al mundo. En 1917 escribió a los suscriptores para anunciar que Doves Press cerraría. Su catálogo final incluía una enigmática coda en la que revelaba que la fuente había sido un “legado” para el Támesis. El *Times* pronto publicó una reseña brillante sobre la obra de la imprenta con la sola reserva de que sus libros eran “casi demasiado immaculados en su perfección”. No obstante, el periódico se tornó en plataforma para un frenesí de cartas iracundas —entre ellas las de los asesores de Walker— que daban cuenta de la disputa al público en general. Consternado, Cockerell —que había elaborado el acuerdo que Cobden-Sanderson pasó por alto con tal egocentrismo— le escribió: “Confío en que se dará cuenta de que su sacrificio para el río Támesis no fue un acto valioso ni honorable.”

Cobden-Sanderson murió, sin haberse arrepentido, en 1922. Walker demandó a su viuda tanto por el costo de producción de la fuente (500 libras) como por la porción de la suma que habría ganado en lo sucesivo. Adujo que la belleza de esa fuente había contribuido al éxito de los libros de la imprenta; ella replicó que los libros le habían dado fama a la fuente. Ningún juez dictó sentencia sobre este dilema, pues el caso se dirimió fuera de la corte. Anne probablemente pagó unas 700 libras por la iniquidad de su esposo: más de la mitad de su inversión inicial en la imprenta. Murió poco después, en 1926, y sus cenizas se esparcieron junto a las de él a los pies de un muro en los confines del jardín del taller de encuadernación, a espaldas del Támesis. Desde entonces las inundaciones se los han llevado a ambos consigo. ◀

© *The Economist Newspaper Limited, London*
(21 de diciembre de 2013)

© *The Doves Type, de Robert Green, por cortesía de Typespec Ltd. Se puede adquirir en*
<http://www.typespec.co.uk/doves-type>

Traducción de Clara Stern Rodríguez.

Visita nuestra
Librería Virtual
con miles de
títulos a tu
disposición.
Te esperamos
con los libros
abiertos



FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA

fondo
decultura
economica
●com